

Editorial

Arribamos al número 11 de la revista ambiental ÉOLO, esta vez dedicado a la agroecología, uno de los temas cruciales en la arena de un debate que tiende a enervarse con la agudización de los daños que nos hemos autoinfligido en cuanto sociedad global y especie planetaria.

La amplitud de los aspectos que comprende el concepto motivo de esta edición, se evidencia en una rápida ojeada a la tabla de contenido. Los cuarenta y dos textos que la conforman ofrecen distintos criterios de abordaje, puntos de vista, énfasis, maneras de interpretar y de mostrar; mas, al finalizar su ejercicio, el paciente lector encontrará que un hilo conductor atraviesa el contenido de este número: el consenso respecto a la necesidad de imprimir cambios radicales en la manera como hasta ahora nos hemos relacionado entre nosotros y con la Tierra.

La alternativa propuesta por la agroecología comprende una serie de prácticas, técnicas y actitudes conducentes a mejorar tanto la calidad de los suelos y los productos que nos depara como la salud y la calidad de vida de quienes lo cultivan y de todos los dependemos de sus procesos para la supervivencia.

Identificar y reconocer que la ciudad, absorta en los oropeles de su brillo, ha desconocido la ruralidad y los servicios ambientales que le presta, le abre un escenario hasta hace poco inconcebible a la agroecología en los espacios llamados a resolver la sostenibilidad y la sustentabilidad del fenómeno urbano más complejo: la ciudad.

“Las grandes renovaciones nunca vienen de arriba, sino siempre de abajo, al igual que los árboles nunca crecen desde el cielo hacia abajo, sino desde la tierra, a pesar de que su semilla cayó un día de arriba”, escribió C. G.Jung. El símil, más propio de un agricultor que de un psicoanalista, sintetiza el pensamiento de la mayoría de nuestros colaboradores respecto al motor, músculo y nervio de las inaplazables transformaciones que, sin dudar, se avecinan: las comunidades, a través de la masificación de la educación para la vida; y, consecuencia de ello, su incidencia en las grandes decisiones políticovitales que, a muy mediano plazo, nos permitan la permanencia en la biósfera o nuestra extinción como

Where is the wisdom we have lost in knowledge? //
Where is the knowledge we have lost in information?

THOMAS STEARNS ELIOT (1888-1965), THE ROCK,
CHORUS I

especie. Marx lo expresó de otra manera: “La sociedad civil es el verdadero hogar y escenario de toda la historia(...)resulta absurda la concepción que sólo mira, con su limitación, a las resonantes acciones y a los actos del Estado”; pero en estos días citarlo resulta una anti-gualla. La Academia también tiene sus pasarelas.

En la contemporaneidad, las sociedades democráticas vienen utilizando los mecanismos de participación (sinergias), para incidir sobre temas ambientales tan decisivos como la redefinición de la territorialidad en términos de pensamiento, no de la típica especulación financiera que hasta ahora nos ha mantenido en el feudalismo. En Colombia se cuenta con instrumentos tales como la Ley 388 de 1997 (ampliamente comentada –y criticada– por el profesor Luis Carlos Agudelo en esta entrega de ÉOLO), que establece una clasificación del territorio en Suelo de Expansión Urbana, Suelo Rural, Suelo Suburbano, y Suelo de Protección, a fin de regular un ordenamiento racional que estamos en mora de concretar en un país que, no obstante el prejuicio extendido desde el censo de 1993, según el cual el 73.1% de los colombianos habita en ciudades, es eminentemente rural; para dar el salto hacia la paz, la democracia y la sustentabilidad nacional.

En Medellín se avanza desde el concepto cuantitativo de sociedad urbana (una mera aglomeración aleatoria de individuos), hacia una identidad colectiva, construida sobre los sólidos cimientos del consenso participativo. Por mencionar algo –inimaginable hace unos años–: entre 2004 y 2006, la Secretaría de Medio Ambiente ha gestionado e invertido en los MIRS corregimentales cerca de 2.800 millones de pesos. Acciones como estas pueden ser corroboradas a través de la mayor concienciación adquirida entre la población sobre los impactos ambientales, y por ello es necesario insistir en una educación transformadora que nos permita construir un hábitat no sólo sostenible sino sustentable, en consonancia con el reporte que la CMED de la ONU suscribió en 1987; y fundamentar el desarrollo holístico que le debemos a las generaciones venideras.

Respecto a lo anterior, en su artículo Hugo A. Cano sintetiza los seis componentes que la asociación campesina de

la región del Boquerón consideró necesarios y suficientes para dar ese salto cualitativo que le significa a una comunidad rural incorporar en su cotidianidad la cultura agroecológica; los 17 componentes estipulados para lograrlo en una finca, y los catorce beneficios que esta nueva metodología le ha reportado a la comunidad que nuestro autor lidera; en un país que, aunque desde los años setenta cuenta con sistemas de clasificación de tierras para racionalizar su uso (v. art. de Carlos M. Uribe) y generar procesos productivos sostenibles, ha propiciado en cambio, a través de los desaciertos administrativos (digámoslo así), el abandono de los sistemas artesanales de producción, los monocultivos y demás lastres del agro, en pos de una “modernización mal concebida, generadora de pobreza, desempleo, descomposición social y un deterioro ambiental sin precedentes en regiones antaño prósperas y ambientalmente sanas”.

En este contexto, articulistas como Lía Alvear ilustran sobre la gestación en Antioquia del cambio, desde la lógica productiva agropecuaria presta a optimizar la producción, a un criterio basado en la sustentabilidad de ese modelo productivo, considerando los recursos agua, suelo, aire y biota, en función de la calidad de vida de las comunidades implicadas en los procesos agrícolas.

Para ello, en diversos artículos se propone aplicar modelos alternativos basados en las sinergias entre los modelos atávicos tradicionales de las comunidades indígenas y campesinas, a fin de que esos saberes tradicionales, sumados a un mayor conocimiento tecnológico sobre los suelos, permitan minimizar el uso de agrotóxicos, cuyo uso abusivo, al finalizar la II Guerra Mundial, ya había disparado la selección de mecanismos de resistencia, con el consecuente círculo vicioso inherente a cualquier adicción.

Aunque estemos habitando con mayor frecuencia en ambientes urbanos y suburbanos, alejados de la tierra y el suelo —“a nuestra cultura le horroriza el mundo” sentenció Michel Serres en su *Contrato Natural*—; dada la gravedad de los daños relacionados con la erosión para la biota y el agua, nunca la calidad de la vida humana y del ambiente planetario había dependido tanto del manejo apropiado del suelo como ahora. Éste y los procesos naturales y antrópicos que suceden en la frágil piel del planeta, ameritan mucha mayor atención de las ciencias geológico-ambientales y consideración por parte de la sociedad, como lo advierte en su artículo Sergio Restrepo.

Es necesario detener la lógica arrasadora imperante en la mentalidad antropocentrista de la civilización occidental —Gilles Deleuze (*De Cristo a la burguesía*), demuestra la disociación propiciada por el cristianismo entre Naturaleza y Espíritu—, encarnada hace cuatro décadas en la llamada revolución verde. El salto abrumador que supuso la

revolución industrial gestada en la Gran Bretaña, deshumanizó nuestras relaciones con la Tierra en su desmesura, fracturó alianzas, códigos, acuerdos, pactos y contratos antiquísimos celebrados entre el cielo, la Tierra, lo humano y lo divino; testimonio de nuestra pertenencia a esa cuaternidad, expresada por F. Hölderlin (hoy considerado un precursor del movimiento ecologista europeo), en un fragmento de *Al Éter*: “Ser uno con todo, esa es la vida de la divinidad, ese es el cielo del hombre. Ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza”.

Las secuelas inmediatas de la industrialización en los ciudades que la vieron nacer, las pudimos aprehender de forma más convincente con los personajes de las novelas de Charles Dickens que en las insípidas clases de Historia de la escuela tradicional; a *Oliver Twist* lo podemos encontrar en cualquier callejón de Niquitao; a Nancy, merodeando la antigua ermita de La Veracruz, cambiando autoestima por subsistencia; como a otros miles de desarraigados, víctimas de la inclemente estratificación social inherente a la economía gestada en el seno del sistema victoriano decimonónico; retratado en la atroz belleza de *Tiempos difíciles*, aquella novela diluida en la adolescencia.

Si la producción industrial es la mayor causante de las 600.000 toneladas de gases de efecto invernadero (dióxido de carbono, metano, óxido nitroso, hidrofluorocarbonos, perfluorocarbonos, hexafluoruro de azufre) que hoy emitimos a la atmósfera, la industria bélica contemporánea es la responsable de otro episodio del memorial de agravios que en su momento nos tendrá reservado el planeta.

La mayor desgracia para Europa y la cultura occidental eurocentrista fue el tránsito del genio a la vez universalista, modesto y humano de Kant a la arrogante suficiencia hegeliana, que magnificó la guerra como medio potenciador de la suprema eficiencia estatal. Algún mordaz historiador —¿Gastón Bouthoul?— nos recuerda que Julio César se lanzó a la conquista de las Galias para escapar de sus acreedores.

La industria agroquímica surgió tras el acaecimiento de las dos guerras mundiales. La más absurda de ellas, iniciada en 1914 tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Habsburgo en las calles de Sarajevo, mediante la conjura de los líderes europeos incapaces de comprender la magnitud de lo que desencadenaban, mientras El Vaticano bendecía ejércitos, nos dejó la nefasta herencia de los abonos nitrogenados solubles de síntesis de amoníaco. Para fabricar explosivos, la tecnología bélica alemana se vio obligada a fijar el nitrógeno del aire. Tras el cese de la confrontación, las enormes instalaciones cesantes de la guerra, obligaron a la industria química a buscar mercados, y el nicho ideal resultó ser la agricultura

ra: la nueva tarea de las ciencias secuestradas por las fuerzas armadas (expresión que se inventó García Márquez), sería sintetizar sustancias para envenenar los cultivos enemigos.

El equipo de físicos especializados en diseñar bombas, para mantener el aparato burocrático que los sustentaba –escribía Isabel Cristina Toro en ÉOLO 7– propusieron el uso pacífico de los tóxicos que componen el grupo del ácido fenoxiacético, los herbicidas, con el argumento – hoy rebatido por la FAO– de su necesidad para garantizarle el suministro alimentario a la población mundial. Más adelante, –lo encontramos en el artículo de Carlos Peláez– tras la II Guerra Mundial, con la aparición de formulaciones inorgánicas que repusieran los bioelementos consumidos por las plantas, se configuró un cambio de paradigma en el concepto agronómico de productividad, lo que condenó al desuso la aplicación de materiales orgánicos como fertilizantes. Al respecto, Elsa Nivia y Sebastián Reynaldy, nos alertan en el presente número, acerca de las catastróficas consecuencias que las soluciones inmediatistas producen en la salud humana y en la composición de la biósfera.

Porque, de no reaccionar, “La humanidad se precipita hacia un abismo”, según la lapidaria sentencia que inaugura *Calor letal* (Oppenheimer y Boyle, 1990), libro lúcido y esperanzador, que pronto será bestseller, como ahora es todo lo que muestre, escriba o diga Albert Arnold Gore, el gran derrotado, con todos los habitantes de la Tierra, en las truculentas elecciones presidenciales que en noviembre de 2000, entronizaron a un troglodita en el cargo ejecutivo de mayor poder en el mundo.

“Al igual que el aprendiz de brujo, deslumbrado ante la posibilidad de delegar sus tareas en los objetos inanidados, hemos dado vida a fuerzas más poderosas de lo que suponíamos, fuerzas más difíciles de detener que poner en marcha”. (A. Gore, *La Tierra en juego*). En opinión de Easwaran (Toma tu Tiempo), citado por B. Arjona en su texto, la devastación del medio ambiente es la señal inequívoca de una carencia fundamental en la comprensión de nuestra esencia, lo que nos ha impedido trazar un proyecto genérico de vida más elevado. En el capítulo 12 de la citada obra de Gore, (*Una civilización disfuncional*), se emplea una metáfora psicológica para explicar las razones profundas de una conducta tan desobligante y alienada como la exhibida por nuestra civilización respecto al medio ambiente.

Y también se presenta una salida: consiste en comprender tal comportamiento y reconocer la agresividad mostrada hacia el planeta. Se dice fácil, lograrlo representa una odisea, como lo testimonia la propia vida de Gore; uno de

cuyos profesores (Roger Revelle, la primera persona en registrar el índice de anhídrido carbónico (CO₂) de la atmósfera, finalizando la década de los 50), despertó en su conciencia la idea de una amenaza ambiental planetaria.

Desde sus tiempos de estudiante hasta la fecha, el recorrido vital de Al Gore ha estado enlazado a la divulgación y concienciación sobre la actual situación climática, una “emergencia planetaria”; ya sea en la palestra política, al posicionar en el congreso norteamericano la destrucción de la capa de ozono, el calentamiento global y la degradación ambiental como temas de Estado y ejes de su posterior campaña presidencial de 1987, en un país altamente dependiente del carbón para generar su electricidad, ¡en el mayor contaminador del planeta!; organizando la Primera Conferencia Interparlamentaria sobre el Medio Ambiente Mundial (Washington, 1990); gestionando el Protocolo de Kyoto (ratificado por 166 países, en vigor desde el 16 de febrero de 2005), para exigirle a las naciones industrializadas la reducción de sus emisiones de gases de efecto invernadero en un 5,2 por ciento respecto a los niveles de 1990; o en los recintos académicos de todo el mundo, donde ha dictado un millar de conferencias alertando sobre los efectos del calentamiento global y proponiendo acciones no sólo científicas y económicas sino ante todo éticas, para detenerlo.

La suma de miles de esfuerzos, quizá no tan notorios como los de este atípico político estadinense, permiten alentar fundadas esperanzas en un triunfo de la sensatez humana sobre tanta barbarie desplegada hasta el presente por un puñado de mercaderes, sólo atentos a la buena marcha de sus negocios y ajenos al concierto universal, como lo demuestran los avances de la Comisión Europea en la homologación de los planes nacionales de asignación de emisiones de CO₂ entre sus asociados, para hacerlos compatibles con los compromisos asumidos en el protocolo de Kyoto; un 50% de esa disminución lograda desde 1990, según De Boer.

Como lo demuestra el avance de la conciencia ambiental en Australia, uno de los pocos países que aún apoya a los EE.UU. en su rechazo al Protocolo de Kyoto (obvio, es el mayor exportador mundial de carbón, posee el 38% de las reservas conocidas de uranio –es un lugar común callejero su venta, por debajo de la mesa y al mejor postor– y depósitos de gas que podrían abastecer las demandas mundiales por años), donde John Howard, su primer ministro, irónicamente conocido como «Honest John» porque en cada promesa miente, se ha visto conminado por una opinión pública y científica proclive a suscribir el protocolo de Kyoto, a revisar las políticas mantenidas por su gobierno ultraconservador frente al tema de la reduc-

ción de emisiones de anhídrido carbónico, y a sumarse a la lucha por detener el cambio climático.

Como lo prueba la nación francesa: para dar un impulso político mundial a la lucha contra las alteraciones relacionadas con el clima, la conferencia de París sobre cambio climático que reunió alrededor de 45 países ha solicitado la creación de una agencia de la ONU para el medio ambiente, con mayor coherencia y resultados que los mostrados por el PNUMA desde 1972, en virtud de las alarmas encendidas por los 2500 expertos del Grupo Intergubernamental sobre el Cambio Climático –IPCC– de 130 países, quienes insisten en la responsabilidad humana por el calentamiento del planeta, seguramente basados en el escaso decoro demostrado por las compañías transnacionales de la industria energética, que aportan millones de dólares para las campañas políticas de los países más retrógrados en materia conservacionista y dominan, con sus donaciones, el mercado globalizado de los combustibles fósiles, mientras obstaculizan, por todos los medios a su alcance, el desarrollo de tecnologías alternativas de generación de energía como la solar y la eólica.

Está claro que si la próxima ronda de compromisos (del 2012 en adelante) no es lo suficientemente sensata, nos enfrentamos al riesgo de no conseguir mantener el aumento de temperaturas por debajo de dos grados centígrados, cifra que la Unión Europea (UE) estipula como la mínima para evitar daños irreversibles.

Como ya es costumbre, la presente edición se estructura en cuatro grupos temáticos: un primer conjunto agrupa elementos de fundamentación científica, útiles para sustentar propuestas sociopolíticas inherentes a las problemáticas abordadas en las investigaciones, experiencias y relatos reunidos allí. Un segundo conjunto reúne las diversas técnicas, corrientes y escuelas que agrupan los aportes en agroecología: manejo de semillas, bacterias, materia orgánica, compostaje, consumo responsable y educación en estas temáticas.

La breve tercera sección está dedicada a otras expresiones ambientalistas de corte poético. En el cuarto bloque tienen la palabra las propuestas institucionales de planeación y diseño frente a esta nueva manera de comprender nuestra relación con el ecosistema, tales como el SIGAM de Medellín, el Parque Central de Antioquia, y los modelos alternativos de financiación para el manejo de los bosques de los valles de san Nicolás, entre otras.

Se encontrarán además, referencias a la Responsabilidad Social Empresarial –RSE– (3 artículos); al desarrollo sostenible y sustentable desde los aspectos sociales, ambientales y económicos; Beatriz Arjona nos escribe sobre

los asentamientos humanos sustentables o Ecoaldeas; Herman Santana relaciona la sostenibilidad con el ecoturismo; Huber Polo diserta sobre espacio público y medio ambiente.

El epígrafe que precede a estas líneas proviene del autor de una de las obras fundamentales del siglo XX; el poeta formula dos preguntas tan urticantes como el título escogido por Al Gore para su documental sobre el calentamiento global, mencionado en el artículo sobre el PCA. Aunque optamos por preservar la fuerza semántica del texto original, desde las antípodas nos sugieren una traducción: ¿Dónde está la sabiduría que perdimos por conocimiento? y ¿Dónde está el conocimiento que perdimos por información? El estado actual de nuestras relaciones disfuncionales con el planeta, demuestra de una manera palmaria e irrefutable el fracaso de la senda que escogimos como principio rector de nuestra aventura vital por esta frágil biósfera terrestre, a la que hemos causado daños considerados por un creciente sector de expertos, irreversibles.

Despejar la ofuscación de la conciencia; erradicar la neurosis de la mente; suprimir la majadería de los hábitos; sanar la patológica insensibilidad que se ha apoderado de nuestros corazones frente a las catástrofes vivenciadas y las que anuncia nuestra conducta habitual de cara a los prodigios que entrañan los recursos ambientales, son las tareas inmediatas. Permítanos el fatigado lector una última cita, de otro autor que a todos nos crió, Herbert G. Wells: “La historia humana se parece cada vez más a una carrera entre educación y catástrofe.” La catástrofe ya está en el jardín, dispuesta a traspasar el umbral. Contamos con nuestra inteligencia para detener su mano en el dintel.

Agradecemos a la Alcaldía de Medellín y a entidades como Corantioquia, el DAMA de la Gobernación, Cornare, AMVA, UAESPNN; a las universidades, las ONGs y las mesas ambientales; especialmente las comprometidas con la creación y operación de Pantágora, la Asociación Colombiana de Organizaciones Socioambientales; al PRODES Ambiental de ACOPI que agrupa 18 entidades; al benemérito grupo de autores que tan generosamente han accedido a compartir su saber con la comunidad interesada en la solución de nuestros problemas ambientales y a una larga lista de amigos que siempre está tras las bambalinas de toda puesta en escena.